

LA FILOSOFIA DEL ARTE
EN EDUARDO OSPINA (1891-1965)

El principio de arte y vida

Helena Ospina
Catedrática, Facultad de Letras
Universidad de Costa Rica

X Jornadas de Investigaciones Filosóficas
Instituto de Investigaciones Filosóficas
Asociación Costarricense de Filosofía
Escuela de Filosofía
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
8-10.XII.2004
San José, Costa Rica

Abstract

Según el esteta Eduardo Ospina, **cada artista debe buscar su propia forma** independiente de toda escuela. Entiende la formación del artista como la formación de la persona completa. Las ideas –sobre todo las grandes ideas– son las que crean las imágenes, las grandes imágenes, y estas grandes imágenes son las que despiertan los grandes sentimientos. Desarrollar estas capacidades es **formarse artista**. Su convicción profunda es que **“la forma brota como expresión inmediata de la idea”**, la cual exige y elabora su directa manifestación sensible. Idea profunda en el alma: esa es la pedagogía estética ospiniana. Y ¿cómo se logra eso? Con la meditación: la idea profunda crea o encuentra la imagen; y la imagen viva lleva a la sensibilidad el fuego de la vida. Idea profunda en el alma porque **las bellas formas expresan el interior de las almas**, el genio de las razas, y las circunstancias en que se desenvuelven el palpitar interior de los espíritus.

Introducción

Eduardo Ospina, S.J. (1891-1965), colombiano –artista, poeta, ensayista, crítico, esteta, traductor, educador, apologista y promotor social–, miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua, gran humanista latinoamericano, en su tesis sobre *El Romanticismo: estudio de sus caracteres esenciales en la poesía lírica europea y colombiana*, contribuyó a esclarecer **la fuerza interna del cristianismo como creador de arte**. Estudió las consecuencias que se derivan de la concepción cristiana de la vida para crear un arte propio que ve como “la forma propia” del arte para todos los tiempos.

Precisó en **clásicos** y **modernos** las respectivas ideas como forjadoras de sus respectivas expresiones, y contrapone –con serenidad crítica– los dos grandes períodos artísticos, sellados por una originalidad sustantiva, deduciendo útilmente **conclusiones** que se derivan para la **crítica** –en la comprensión de autores y análisis de obras– y para la **pedagogía**. A la crítica ospiniana le interesa, respecto del clasicismo, poner de relieve **lo eternamente humano signado por las formas bellas**. Su vida y su pluma se caracterizaron por el **empeño ferviente de vivir** esas conclusiones, y defenderlas de cuanto pueda debilitarlas, debido a las inseguridades en boga en la estética, en la crítica, y en las prácticas pedagógicas.

1. Una visión y un método

En su investigación sobre *El Romanticismo* abordada desde la estética –con un método estético-crítico y crítico-pedagógico– Eduardo Ospina precisó el principio que anima toda su filosofía del arte: **el arte como expresión de la vida**. Explora este principio para defender la originalidad que el arte debe siempre conservar:

“El Renacimiento inauguró la última serie de esos combates que todavía presenciamos. Aun creaba prodigios clásicos la breve vida de Rafael, cuando la enorme pasión de Miguel Ángel formulaba la insatisfacción por la simetría clásica y empezaba a preparar el cauce para el torrencioso sentimiento barroco. El ejército barroco, caudaloso en genios y en obras geniales, después de un siglo de dominio, volvió a inspirar un sutil hastío por el sentimiento atormentado y una nostalgia de serenidad clásica. Entonces el Neoclasicismo empuñó la bandera, pero, copioso en principios puramente imitativos y pobre en excelsos gonfaloneros, despertó la aversión entre las jóvenes generaciones, entre las cuales el Romanticismo izó los lábaros por la libertad y tomó posiciones definitivas para el arte futuro. Pero luego, nuevas escuelas, abusando de los principios de sana libertad y pregonando sus programas en fórmulas exclusivistas y estrechas, lanzaron al parnasianismo contra el romanticismo, al simbolismo contra el parnasianismo, contra el simbolismo el realismo, contra éste el impresionismo, contra el último el expresionismo, y, hoy día, contra las escuelas de todos los procedimientos y de todos los tiempos, el surrealismo que aspira a la dominación del mundo (La originalidad en el arte)”.

En la defensa de su tesis, presentada en 1927 en la Universidad de Munich (Ludwig Maximilians Universität), bajo la dirección del sabio eminente Karl Vossler –y que recibió el elogio de la crítica en

Europa y en América— dota a la filosofía del arte, al artista, al estudioso de la Estética y de la Pedagogía de una **visión** y de un **método** que le permitirían situarse —con hondura y acierto— frente a las grandes creaciones del espíritu.

Su **visión** —como filósofo del arte, crítico, educador— está impregnada de una gran pasión: su amor a Cristo. Esta pasión le llevó a meditar largamente en la oración y en el estudio —y a precisar en sus escritos— la gran revolución que el cristianismo trajo al mundo con su concepción de la vida.

Su **método** acendrado —preciso y de exposición serena— le permitió llegar a intuiciones geniales y a conclusiones iluminadoras sobre las diversas expresiones artísticas que son reflejo de diversas concepciones de la vida, para situar —en justa perspectiva— a **clásicos** y **modernos**, a la luz del gran impacto que, para la persona del artista y para el arte, implicó *la fuerza interna del cristianismo como creador de arte*. Estudió las consecuencias que se derivan de la fuerza interna de la concepción cristiana de la vida para crear un arte propio que ve como “la forma propia del arte moderno”.

El método de Ospina lo defino de la siguiente manera:

- de **análisis** histórico, rigurosamente fundamentado;
- de **síntesis** originales —penetrantes, vastas, comparativas e integradoras— a la luz de *principios* capaces de dotar a perspectivas —formulaciones y pronunciamientos críticos— de un alto vuelo de espíritu;
- de **conclusiones** profundas exigentes, *comprometedoras* para el *arte* y para la *persona*, porque constituyen una constante invitación a revisar prácticas crítico-pedagógicas en la contemplación de lo bello para suscitar un verdadero desarrollo de la originalidad en el artista y en el crítico.

Este método era el fiel reflejo del talante de un espíritu inteligente, sensible, movido sólo por el esfuerzo de aquilatar la verdad de lo bello —en lo bello— en obras clásicas y modernas.

Su visión —alentadora, iluminadora, fecunda— y su método —fundamentado y preciso— constituyen un baluarte para la filosofía del arte, la crítica literaria y la pedagogía. Inspiran a proseguir —con altura y categoría— estudios analítico-comparativos semejantes para desentrañar la belleza de *fondo* y *forma* en las creaciones del espíritu a través del tiempo. La estela fecunda dejada por Ospina es luz potente para la inteligencia, fuerza creativa para la voluntad —en la persona del artista y del crítico—, e invitación sugerente para seguir descubriendo valores perennes capaces de imantar —en la visión y en la forma— la plasmación de lo bello.

El crítico ecuatoriano Francisco Miranda Ribadeneira resume en cinco valores estético-críticos y crítico-pedagógicos (MR: 97-98) las convicciones profundas de Ospina cuando escribe su tesis sobre el Romanticismo (1925-27):

1. El **cristianismo** concebido y vivido como respuesta de **plenitud** a las exigencias del espíritu y, por lo mismo, a las **vívidas exigencias** humanas de **la expresión de la belleza**.
2. El concepto filosófico de la **armonía** y la definición de la **belleza** en función de la armonía.
3. La **inconformidad** con las concepciones imprecisas y los viciados procedimientos pedagógicos correspondientes respecto de **la forma en el arte**. Su convicción profunda es la siguiente: **la forma brota como expresión inmediata de la idea**, la cual exige y elabora su directa manifestación sensible. Ospina se refiere así a “la superficialidad de algunos preceptistas retóricos de todos los tiempos que buscan la forma prescindiendo de las ideas, como si lo que comunica alma a las obras literarias fuera el coturno del hipébaton o la toga del período, o como si en el mundo del espíritu dispusiéramos de virtud taumatúrgica con qué desvestir las sustancias de sus accidentes y quedarnos con las vestiduras en la mano para hacer de ellas el uso que nos venga en talante”.
4. El **empeño vivencial** (crítico-comparativo y estético-pedagógico) de **precisar en clásicos y modernos** las respectivas ideas como forjadoras de sus respectivas expresiones, y contraponer –con serenidad crítica– los dos grandes períodos artísticos sellados por una originalidad sustantiva, deduciendo útilmente las conclusiones que se derivan para la crítica –en la comprensión de autores y análisis de obras– y para la pedagogía.
5. El **empeño ferviente de vivir** –con todo el vigor posible– esas **conclusiones y defenderlas** –con todo el valor– de cuanto pueda debilitarlas, debido a las inseguridades en boga en la estética, en la crítica y en las prácticas pedagógicas.

Ospina no estudia el Romanticismo “como una efímera escuela literaria” de peculiares cualidades y defectos, que dejó de existir en el siglo XIX por la reacción de otras escuelas sucesivas, sino como “una gran transformación artística” íntimamente vinculada a la vida del mundo moderno, que sigue ejerciendo su eficacia en el arte actual, como seguirá ejerciéndola en el futuro (MR: 106).

2. Personalidad y perspectiva estética

Cuando muere en 1965 Eduardo Ospina, se consigna en el Anuario de la Compañía de Jesús la siguiente nota que da a conocer el talante de su personalidad y la perspectiva que le animó, no sólo en la filosofía del arte, sino en todos los campos:

Crítico de arte, pensador profundo y uno de los escritores de mayor talante y de los humanistas más completos de su generación... Vigorosa vida interior... Apologista de tal convicción que cada línea parece respirar el amor y la fidelidad del centinela... Su ideal fue siempre unir una gran perfección cristiana religiosa con una esmerada formación científica y estilística. Auténtico formador y orientador con la palabra y el ejemplo. (Anuario General de la Compañía de Jesús, Roma, 1965).

En la vida y en la obra de Ospina **se transparenta** con gran sencillez y naturalidad esta **constante**: **entre más profunda y noble es la vivencia personal de una gran pasión, más exigente se torna para él su compromiso en la búsqueda de una forma justa** –armoniosa y bella–, para plasmar –con la mayor

fidelidad y lealtad posibles– los gérmenes de su primera intuición creadora que le han de definir como artista y como persona.

En este ensayo señalaré los pronunciamientos más representativos de Ospina, **vertebrando arte y persona**, para mostrar los aspectos que hacen de él uno de los más grandes humanistas del siglo XX, y revelar algunas constantes en su *vida* y de su *obra* con el ánimo de que constituyan un acicate enardecedor para el trabajo intelectual del artista y del crítico.

Su tesis sobre *El Romanticismo* plantea un concepto especial: **el arte como expresión directa de la vida**. Este principio lo desarrolla fecundamente con su ejemplo y su palabra. Estudia la obra de arte desde **el corazón del artista** y desde **el profundo influjo ejercido por sus ideas**. Por medio de sus análisis, ante la obra artística, cuya belleza intuimos, exultamos más plenamente –comenta Miranda Ribadeneira– porque comprendemos “**el alma iluminada y emocionada por su idea**” (MR: 129). El arte es visto como expresión del vibrar del alma del artista y de una cultura con sus luces y sus sombras (MR: 140). Muestra cómo la expresión de la belleza había llegado a “una perfección siempre indefinida”, hasta que se posó sobre ella la luz transformadora de la Belleza eterna, irradiada por la Revelación (MR: 140-141). Evidencia **la relación intrínseca** –no sólo extrínseca– que existe entre *idea* y *expresión* sensible, para no quedarse en una imitación servil –sin originalidad– de autores **antiguos y modernos**. Cada artista debe buscar su propia forma para expresar sus ideas y sentimientos (MR: 141). Sobre **el buen gusto artístico** afirma que no es privilegio ni carácter de ninguna escuela. Es una cualidad personal, la más personal e inalienable junto con el genio y el carácter individual (MR: 179). Entiende **la formación del artista** como la formación del hombre completo, para proteger y acrecentar el tesoro de **las facultades del alma**. Enriquecer, acendrar la personalidad del artista es la meta fundamental, el objetivo permanente, mientras madura en él el crítico y el artista (MR: 160). Las ideas –sobre todo **las grandes ideas**– son las que crean las imágenes, las grandes imágenes; estas grandes imágenes son las que despiertan los grandes sentimientos. Desarrollar estas capacidades es **formarse artista** (MR: 162).

Cuando habla de la formación literaria de los jóvenes recomienda: “**no leamos sino lo muy escogido**”. Las obras grandes son grandes por el desarrollo de las facultades que trabajaron y produjeron esas formas de tan potente armadura psicológica. Al leerlas, todas nuestras facultades entran en esa “poderosa vibración” y tienen “una resultante ascendente y elevadora”. Todo esto que Dios ha puesto en el

arte y que es un “reflejo de su belleza y una vestidura brillante de su amor providencial” constituye un instrumento inapreciable de toda formación literaria (MR: 171).

Muestra la relación existente entre *personalidad* y *creatividad*. Hace ver cómo la virtualidad expresiva innata en todo hombre se vuelve necesidad desbordante cuando más rica es la personalidad. Entre más rica la personalidad, más esplende e irradia la expresión (MR: 161). Consta cómo los estilos irrumpen y se evaporan como los caracteres que hablan por ellos si no proceden de una **recia personalidad**; y cómo sólo perduran los estilos grandes porque proceden de caracteres grandes, cuyo amor noble a la verdad les hizo olvidarse de sí mismos, constituyendo en ellos –este olvido de sí– la más alta afirmación de su personalidad. Si logramos hacer comprender a nuestros discípulos –dice– la importancia de **forjarnos un alma grande y profunda**, sencilla y pensadora, habremos construido la armadura sustancial de un hombre y de su estilo (MR: 161).

Cuando se le pregunta frente al historial de la pedagogía clasicista en qué consiste **la imitación de los clásicos**, responde: “en no imitarlos”. Porque “la grandeza del arte moderno no está en copiar las obras que ellos hicieron, sino en tener el mismo principio del arte, la expresión de la vida propia” (MR: 176–177). A la crítica ospiniana le interesa, respecto del clasicismo, poner de relieve **lo eternamente humano signado por las formas bellas** (MR: 180). El principio es el mismo, ya sea que se estudien las obras de antiguos y modernos, a saber: poner de manifiesto cómo el concepto de la vida –que determinó la verdad psicológica en las almas de los artistas– halló, en las grandes obras, la afortunada expresión artística (MR: 179).

Idea profunda en el alma: esa es la pedagogía estética ospiniana. Y ¿cómo se logra esto? Ospina responde en su “Carta sobre la formación literaria...” así: “Con la meditación. La idea profunda crea o encuentra la imagen; la imagen viva lleva a la sensibilidad el fuego de la vida... La meditación requiere cierto esfuerzo...; pero ella paga con creces todos los esfuerzos... Ese estado ingrato (de confusión caótica, de incapacidad para la expresión, de disgusto y desesperanza) se logra dominar no dejando de trabajar, sino meditando más, con paz y tesón” (MR: 173).

Idea profunda en el alma... porque las bellas formas en el Arte expresan el interior de las almas, el genio de la raza, y las circunstancias en que se desenvuelve el palpitar interior de los espíritus.

3. El principio de la unidad de la persona

Un principio que asombra en sus ideas y en su vida es el de la unidad: unidad entre arte y persona, y unidad entre razón y corazón. Esto lo expresó bellamente en su “Oda a Fray Luis de León”: *“Razón y amor se funden en tu llama / y brilla la expresión clara y precisa: / no es la palabra oscura e indecisa / cuando se piensa y, al pensar, se ama.”* En esta “Oda” encuentro la síntesis maravillosa que le caracterizó como artista y como persona: razón y amor, amor y razón, inteligencia y sensibilidad, todo íntimamente unido, en equilibrio, en un espíritu ordenado.

Miranda Ribadeneira sintetiza, en una hermosa frase, la unidad que transparenta su personalidad y su estilo, cuando dice que es **“la lira del pensamiento en amor incandescente”** (MR: 53). Efectivamente, su lira es la de un pensamiento profundo, la de una idea vigorosa, la de una pasión que “cristificó” su vida y su arte, hundiendo sus raíces en la riqueza insondable del misterio de la Encarnación del Verbo. Daniel Restrepo también se expresa así cuando afirma: *“Tu sed de luz, a la de nadie cede; y a tu amor por el Arte, sólo puede superar, tu pasión por Jesucristo”*.

Cuando nos hallamos en presencia de una pasión de esa envergadura, capaz de aunar en haz luminoso y amoroso todas las potencialidades en el ser y en el obrar del artista, su expresión se convierte en amor incandescente, capaz de suscitar en las artes liberales esos mismos ideales y esa misma voluntad, para proseguir –en la historia de la crítica y de la estética– los mismos principios que vivió en su arte y en su persona.

Este otro poema de juventud de Ospina (7-V-1920), reflejo de su poética, transparenta de forma bella su lucha por armonizar constantemente “razón y amor”, “pensamiento y corazón”: *Para expresar lo que en el alma siento / le faltan voces al lenguaje humano, / y quererlo intentar es vano intento. / Ved... – Siempre todo en Dios su pensamiento, / todo su corazón siempre en la mano!*

4. Belleza y santidad

Ospina no vacila en afirmar que existe una conexión íntima entre arte y persona cuando dice: *Hay una relación íntima entre la elevación de la virtud y la elevación del arte, entre la armonía sobrenatural y la armonía visual: la vida santa es la mayor belleza y, si se manifestara visiblemente, sería la obra maestra de arte (La Iglesia Católica, inmenso milagro)*

Otra constante presente en la persona y en su obra es su “unidad de vida”. La hondura y la resonancia de su obra se deben a esa “unidad” que luchó por vivir entre la pasión de su vida –Cristo– y la

efusión de ese amor en obras, en los campos más variados que nacían desde su núcleo más íntimo –el de su vocación ministerial sacerdotal–, y se vertían generosamente en la formación de almas de los futuros sacerdotes de la Compañía de Jesús, en las cátedras universitarias de Humanidades, Estética, Arte y Teología, en su pluma como poeta, crítico y traductor, como miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua, en la defensa de la fe católica, y en la labor asistencial y de promoción de los más pobres en el Barrio París de Bogotá.

Miranda Ribadeneira –para hablar de esta unidad de vida, tan característica en la personalidad de Ospina– afirma lo siguiente con un verso del mismo poeta: “Firmeza, profundidad, fidelidad, lealtad, elevación, disponibilidad para las conquistas y las renunciaciones al sonar la voz de Dios que batallar ordena...: éste era Eduardo Ospina en los poemas de su arte como en el poema de su vida. Y como en tantas páginas egregias que entregaron la visión profunda de su humanismo integral” (MR: 12).

5. Belleza y libertad

Entre todas las constantes –principios, líneas directrices– que se pueden hallar en la vida y en la obra de Ospina, la que más me interesó fue la de la relación entre belleza y libertad. Podemos verlo en la siguiente afirmación que hace: “*Belleza del infinito poseída tan milagrosamente que sigue en pie nuestra libertad; santidad del infinito invadiéndonos tan respetuosamente que no violenta ni nuestras imperfecciones*” (*La verdadera Iglesia de Cristo*).

A mi parecer, la tesis subyacente en su obra es la siguiente: ayudar a desentrañar –tanto en el artista como en el crítico– la enorme fuerza interior creadora propia del arte, cuando el arte es animado por una concepción del ser humano y de la vida capaz de dotarle –en el fondo– el contenido más sublime, y de generar –en la forma– la irrupción más fecunda de su expresividad artística.

Ospina estudia el arte a la luz del dato de la Encarnación del Verbo de Dios. Estudia el problema estético de la verdad artística. Analiza la maduración del espíritu a través de sus obras en la concepción griega y cristiana de la vida. Su pronunciamiento valiente es el siguiente: la persona del artista y su obra alcanzan su expresión más sublime cuando irrumpe en ellos la luz del Cristianismo.

Para Ospina la concepción cristiana de la vida revolucionó la vida del hombre y su arte. A la luz del cristianismo, el arte adquirió “una revolucionaria autenticidad artística”, quedó “sellado

inconfundiblemente” con una concepción de la vida y “contrapuesto” al arte antiguo, reflejo de otras concepciones de la vida.

Miranda Ribadeneira califica la lucha vivencial y de precisión de análisis –estético-crítico– de Ospina, en los años de estudio y preparación de su tesis doctoral (1925-27) sobre *El Romanticismo*, así:

“Sorprender lo divino en lo humano, aun en lo maltrecho y desorbitado, ésta es la posición crítica y apostólica a lo Vaticano II del libro de Ospina. Su fuerza consiste en demostrar cómo desde el área de una refinada autenticidad artística ‘esa cosa penetrativa, fecunda e inagotable que se llama Cristianismo no sólo llena su esfera religiosa, no sólo ha desarrollado sobre el haz de la tierra una cultura nueva, sino que ha entrado hasta lo más hondo de las almas y ha unificado las fibras más recónditas de la existencia con misteriosos hilos de luz’” (MR: 117-118).

Ospina quiere devolver al arte y al cristianismo su fuero propio y su libertad profunda. Se expresa con palabras fuertes y dolidas en enero de 1928 en una carta dirigida a su Superior Provincial: *“A los que no hacen más que insultarnos y presentar el Cristianismo como una infeliz cosa de sacristía hay que hacerles callar echándoles a la cara obras recias de trabajo y de inteligencia, para mostrarles cómo aún en el camino de la cultura humana y natural no hay nada en el mundo comparable a nuestro Cristo”* (MR: 131).

Coinciden sus convicciones con los veredictos de historiadores y críticos de la pedagogía y de la cultura, y advierte con ellos los peligros y el precio de esta ignorancia: *“Luego del Renacimiento la dirección de los jóvenes fue casi exclusivamente entregada a poetas y filósofos que ignoraron a Cristo. Las consecuencias de esta anomalía, que no hay quien no la compruebe, son, a mi juicio incalculables. Y no hay por qué extrañarse de que los colegios hayan producido tantos paganos librepensadores, incluyendo a Voltaire”* (1980: 128).

6. Humanismo cristiano

En esta cita de 1947, Ospina exclama lo que para él sería la finalidad del arte: *“¡Quién tuviera un alma de príncipe, generosa, noble, caballeresca hasta el heroísmo, no solamente para agradecer y corresponder (lo que está tanto en nuestra mano), sino también para transformar tantos, tantos beneficios divinos en bien de las almas y en gloria de este Buen Dios que nos abrumba de bondad!”*.

Entre las múltiples valoraciones con que Miranda Ribadeneira se refiere a Ospina me quedo con ésta, cuando dice que es **“la santificación en humanismo y el humanismo en santidad”**. Afirma que logra la conquista de su personalidad en un permanente perfeccionamiento personal en toda la extensión de los valores humanos y de correspondencia a los designios divinos (MR: 15). *“En el ejército de*

humanistas, sellados como hombres por la vivencia cristiana que impacta complejamente en su humanismo y los caracteriza efectivamente como humanistas cristianos, Ospina emerge entre ellos, y hasta se les contrapone, caracterizado por su cristianismo que impacta en su humanismo, con el vigor de las síntesis profundas y vitales. Emerge no sólo ubicándose en perspectiva histórica en sitio excepcional, sino entregando –que era lo más importante y lo que a él le importaba– la perspectiva verdadera para las tareas del cristiano en la búsqueda y forja de su propio humanismo. Él evidenció luminosamente el profundo humanismo cristiano” (MR: 121).

Como crítico vive **la relación intrínseca entre idea y arte**. Para él, el Romanticismo vale tanto por la intensidad con que vivió el principio estético de la relación entre vida y arte, como por la luz cristiana que reverbera en él a pesar de las sombras y desgarramientos de muchas vidas (MR: 122). Pero no tiene al Romanticismo por “única ni perfecta floración cristiana”. Se siente “orgulloso de nuestros veinte siglos de historia del arte cristiano” Advierte el escollo de la imitación de la pedagogía clasicista o de cualquier pedagogía cuando se convierte en la implantación de formas que nada tienen que ver con la concepción de la vida en la persona y en la cultura, cuando éstas adquieren con la savia del cristianismo un sentido más pleno y hondo. Fue Andrés Chenier –dice Ospina– el que formuló el bello sofisma: *Avec pensées nouvelles faisons des vers antiques*. Y precisa: “El error más lamentable del Renacimiento fue pensar que el alma cristiana podía expresarse simplemente en formas paganas. Estas formas paganizaron las almas. Alguien que sabe más de religión y arte que todo el ejército renaciente, dijo más bien: No vertáis el vino nuevo en odres viejos, porque se rasgarán los odres y se escurrirá el vino (Mc 2, 22)... No fueron los griegos y romanos los que nos dieron la gloria del arte occidental europeo, arte que extiende su manto imperial hasta las Américas: fueron nuestros padres, hijos cristianos de los bárbaros” (MR: 122).

7. Arte y vida: la forma en el arte

El Renacimiento, al tronchar en flor, consciente e impunemente, las literaturas medievales, al tener por bárbaras las lenguas modernas que ya se mostraban tan lozanas y pujantes en esas literaturas, al empeñarse en hablar y en escribir en latín y en griego, desdeñándose de tomar en sus labios, por no profanarse, nuestras lenguas vulgares, que hoy son nuestro tesoro y nuestro orgullo; cometió un acto de barbarismo más salvaje y más imperdonable que las entradas a saco y las devastaciones de los vándalos. No envuelvo en esta conclusión todo

lo que fue el Renacimiento; pero reconociendo los bienes que trajo en diversos órdenes, en el punto indicado tengo al Renacimiento por el más desvariado y lamentable desatino crítico que se ha cometido jamás sobre la tierra. (Carta a Pedro de Leturia, 30-XII-1927).

Las convicciones estético-críticas de Ospina son firmes como se deducen de esta afirmación. Sus pronunciamientos son valientes. Analiza con la serenidad –que le era característica– todas las aristas del fulgor de un período, de una escuela. Las contrasta con su tesis fundamental de la relación intrínseca que debe darse entre arte y vida. Por no considerarse la relación entre arte y persona –entre producción externa y vida psicológica– se sigue dando en la historia este “desatino” del **reduccionismo** de la idea a “formas” que nada tienen que ver con el vuelo vigoroso que el espíritu del cristianismo trajo al arte.

Belleza y libertad. Libertad y belleza. Siempre aleteando constantes en el trasfondo de sus valoraciones estético-críticas y crítico-pedagógicas. Ser fiel, en la cultura, a una concepción *cristiana* de la vida. Y ser libre, en la *forma*, para explorar por caminos diversísimos y pluralísimos –respetando la autonomía propia de cada disciplina– la floración maravillosa que todavía espera el arte contemporáneo de esta concepción cristiana de la vida: obras grandes del espíritu que transparenten la dignidad del origen y destino de la persona.

Ospina ve en el Cristianismo un potencial inmenso que ha de poder fraguar –en las mentes y en los corazones de los artistas y críticos– un caudal fecundo de inspiración en las ideas y de explicitación en la forma de producciones variadísimas. Desde la Encarnación del Verbo, el arte y la crítica no pueden seguir siendo los mismos. Arte y persona quedan invitados a dejarse penetrar de una nueva dimensión –de una nueva dignidad que les brinda el cristianismo– que no podían haber alcanzado los antiguos porque no les había sido revelada.

Con la Encarnación del Verbo, el arte y la crítica moderna encuentran para la idea una inspiración fecunda, y para la forma un cauce riquísimo, para seguir explorando las conexiones profundas, enaltecedoras, dignas del espíritu humano, que el concepto cristiano de la vida desvela tanto a la persona – como “imagen e hijo de Dios”– como al arte –al trabajo del artista, del pedagogo y del crítico– como vocación –“llamada”– a desentrañar la maravilla de esta realidad –arte y persona–, concebidos ahora como realidades santificadoras, santificables y santificantes, continuadoras de la obra magna de la Redención.

Cuando arte y persona se ven a la luz de esta concepción cristiana es lógico que Ospina ponga en evidencia el “desatino” del Renacimiento al tronchar en flor el arte original de Europa, y empeñarse en meter en el mundo moderno –por fuerza y de manera exclusiva– el arte y la cultura de pueblos antiguos y extraños, tan diversos de los cristianos y tan retrasados en comparación a éstos en muchos aspectos. Efecto de esa irrupción de los extraños fue el quedar mal heridas y truncadas por mucho tiempo las lenguas y literaturas modernas que fueron conscientemente despreciadas por los humanistas (Cfr. Carta de E. Ospina al P. Jesús María Fernández, 19-I-1928).

Miranda Ribadeneira, comentando esta afirmación de Ospina, afirma lo siguiente: “Ospina sabe – y lo mantendrá siempre lípidamente y con reflexivo afecto–, que entre esos bienes, era el principal el promover el conocimiento de la antigüedad clásica y, para ello, el dominio de sus lenguas; pero sabe y lo propugna inexorablemente que esa conquista significa un bien, sólo cuando se hace desde el dominio *consciente* de los tesoros de la propia heredad y desde el cultivo *preferente* de sus savias (MR: 123).

Voy a detenerme en estos dos aspectos: “el dominio consciente de los tesoros de la propia heredad” y “el cultivo preferente de sus savias”. Estas afirmaciones revelan la necesidad del conocimiento profundo de la propia heredad y el cultivo preferente de **la savia que le es connatural**. Este *principio* que podríamos llamar **de connaturalidad** es el que ha de guiar, no sólo a los artistas sino a la crítica, a la hora de enjuiciar las obras de arte para poder manejar los grandes mundos de la cultura, señalar sus luces y sus sombras, y tratar sus enfermedades. Cuando se vive con naturalidad la unidad entre arte y persona –entre producción externa y fuero interno–, lo lógico es que las obras rebocen de una gran autenticidad. Y si su forma alcanza la acendrada belleza que requiere su oficio, lo lógico es que estas expresiones artísticas sean las que perduren. Cuando el artista o el crítico se limitan a una imitación o valoración servil, y no se interesan por ver si las nuevas formas responden a **la propia “heredad”**, para que en ellas fructifique la “savia” propia de su cultura, lo lógico es que estas obras desaparezcan al desaparecer la presión que les impone artificialmente el “estar a la moda”.

8. La proyección de su visión y de su método

Ospina soñaba con dejar abierto un camino a la estética cuando afirmaba:

–¡Sorprender, pues la acción de una idea en el corazón del artista, y seguir las vicisitudes... por las que pasa esa acción desde el trance de la concepción artística hasta el de su expresión sensible! No se trata de un estudio para una nueva historia del arte ni para una nueva filosofía del arte, la estética en general. Se trata de evidenciar la presencia de la idea cristiana como creadora

del arte, y de evidenciar el impacto, favorable o desfavorable... en su acción creadora (MR: 125-126).

Cuando Ospina terminó su tesis dejó entonces entreabierto para el arte, la crítica y la pedagogía un camino anchuroso y fecundo: el de aprender a aquilatar –con serenidad y con un análisis rigurosamente objetivo de las intuiciones creadoras– la verdad detrás de cada fulgor de la belleza en el tiempo. Dejó previstos unos “esquemas” de lo que sería un segundo libro que no llegó a escribir, porque el amor que siempre profesó –en primer lugar a Dios– le hizo entrever siempre los designios de su Voluntad en las indicaciones que sus superiores le manifestaban, en cada recodo de su itinerario espiritual. Estos lineamientos de lo que él llama:

Ideas para un libro sobre
la fuerza interior del Cristianismo para crear un arte propio,
o lo que es lo mismo, sobre
la forma propia del arte moderno

quedaron con indicaciones, precisiones y sugerencias bien claras como tarea a desarrollar en el tiempo, para seguir evidenciando la presencia de esta savia capaz de suscitar una auténtica forma bella, en los espíritus dispuestos a acoger la invitación que esta nueva inspiración da al vuelo del espíritu y a la fragua de su forma.

¿Por qué quería Ospina desarrollar este tema? Él mismo lo dice: *“Es una cosa enorme lo que se ha escrito sobre historia del arte cristiano; pero, o se considera el tema de una manera totalmente externa para estudiar la evolución histórica fijándose sólo en las formas que se van sucediendo en las diversas épocas, o se toma la cosa en un sentido totalmente lógico y abstracto, sin presentar su conexión inmediata con la producción externa e histórica. Lo que no se ha estudiado apenas es la conexión psicológica de ambas cosas: la fuerza interna del Cristianismo como creador de arte”* (MR:125).

Dejo abierta a ustedes –egregios cultivadores y finos espigadores de la belleza y a las futuras generaciones de artistas y filósofos del arte– esta invitación para la investigación y el análisis generoso, integrador de vastas síntesis del espíritu, a la luz de la savia fecunda del cristianismo que el estudio arduo, la crítica serena y objetiva de la verdad sabrán premiar y devolver a ustedes en gavillas de oro.

Conclusión

Ospina escribe un artículo sobre “La belleza objetiva” para una Enciclopedia Filosófica, cuya redacción sustancial –como dice él– ha sido lenta, fruto de una elaboración de largos años meditativos.

Hace el planteamiento del problema y recorre las principales teorías en la Historia de la Estética sobre la belleza en Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Kant, Hegel y los modernos. Concluye que la belleza objetiva es la armonía de los seres.

Cuando habla del proceso creativo de la inspiración y del trabajo del artista como correspondencia al trabajo incansable del infinito Artista (MR: 187), lo describe así en su ensayo “Las entregas de Dios”:

Un artista genial, en el momento de la inspiración, se entrega totalmente a la contemplación de su idea inspiradora, y en el momento de la creación, se entrega totalmente al trabajo creador, que transforma la oscuridad inexpresiva de la materia en belleza visible, expresiva de la clara belleza del espíritu. –¡Qué noble entrega la de las almas geniales a la obra de arte, imagen de su inteligencia y de su corazón! Pero no hay artista, que con tan impetuosa y ardiente inspiración se entregue a su obra, como Dios, el infinito Artista, se entrega a su obra por excelencia, que es el hombre mismo. El Espíritu infinito crea su imagen viva en el espíritu del hombre; la Inteligencia increada se refleja en la inteligencia creada; la voluntad, la libertad divina en la voluntad y libertad humanas; y la eternidad de Dios en la inmortalidad del alma.

Con razón pudo decir, hacia 1936, su ilustre maestro Karl Vossler, al recibir de su antiguo alumno, la colección de *Prelecciones de crítica comparada* –de quien tenía “muy presente su estudio sobre el Romanticismo europeo y colombiano”– lo siguiente: “*He tomado tiempo para que obraran sobre mí las imágenes y los comentarios de las Páginas Artísticas. Todo está dictado por un carácter tan alto, tan amable y sensible a la belleza, que en mí enmudece toda crítica*” (MR: 107).

Bibliografía

MIRANDA RIBADENEIRA, Francisco. 1980. *Eduardo Ospina, S.J., Humanista colombiano 1891-1965*.

Bogotá : Editorial Kelly.

OSPINA, Eduardo. 1957. *El motivo más artístico del Evangelio*. Discurso pronunciado el 9 de septiembre de 1957 al tomar posesión de la Silla LI en la Academia Colombiana de la Lengua. Bogotá: Editorial Pax.

_____. 1952. *El Romanticismo, estudio de sus caracteres esenciales en la poesía lírica europea y colombiana*. Bogotá: Biblioteca de Autores Colombianos.

_____. 1951. *Escritos breves*. Vol. I: *Dios, Jesucristo, Hagiografía*. Medellín: Editorial Bedout.

_____. 1952. *Escritos breves*. Vol. II: *Apologética, Pedagogía, Biografía, Del campo científico*. Medellín: Editorial Bedout.

_____. 1952. *Escritos breves*. Vol. III: *Estética y Arte*. Bogotá: Editorial Pax.

_____. 1944. *La Iglesia Católica, inmenso milagro*. Bogotá: Editorial Pax.

_____. *Páginas Artísticas, Estudio comparativo sobre la pintura renacentista y barroca*.

Bogotá: Revista Javeriana.